

Una Iglesia esperanzada



Carta Pastoral del
Arzobispo de Valencia
Enrique Benavent Vidal

Una Iglesia esperanzada

Carta Pastoral del Arzobispo de Valencia
Enrique Benavent Vidal



ARZOBISPADO
DE VALENCIA

© Arzobispado de Valencia, 2024

Edita:

Arzobispado de Valencia

Diseño y producción gráfica:

walk[think]

walkthink.es

Imagen de la portada:

© www.bradi-barth.org

SUMARIO

04 *DAR GRACIAS A DIOS
"SIEMPRE Y EN TODO LUGAR"*

07 *DIFICULTADES Y
PREOCUPACIONES*

11 *SIN ESPERANZA
NO ES POSIBLE
ANUNCIAR EL EVANGELIO*

15 *LA CONVERSIÓN
PASTORAL*

20 *EL JUBILEO DE 2025,
UN ACONTECIMIENTO
DE GRACIA*

27 *MARÍA, MIEMBRO, MODELO
Y MADRE DE LA IGLESIA*

01.

DAR GRACIAS A DIOS “SIEMPRE Y EN TODO LUGAR”

Estimados hermanos en Cristo:

Después de que haya pasado más de un año desde el inicio de mi ministerio como arzobispo de Valencia, el comienzo de la cuaresma del 2024, en el que nos estamos preparando para la celebración del jubileo del año 2025, es una buena ocasión para dirigirme a todos los que os sentís miembros de nuestra iglesia diocesana para compartir con vosotros algunas reflexiones sobre el momento eclesial que estamos viviendo y el horizonte hacia el que creo que debemos caminar. Deseo que estas palabras nos ayuden a crecer en el espíritu de comunión y, de este modo, podamos afrontar con esperanza los desafíos que tenemos en estos momentos para seguir anunciando el Evangelio.

***«Le pedimos a la Virgen que
la semilla que se ha sembrado
en el corazón de todos [...]
continúe siendo una fuente de
fe viva en nuestras tierras»***

Durante este tiempo hemos vivido acontecimientos que a todos nos han producido una gran alegría, porque nos han hecho percibir que la fe está viva en nuestras tierras. Quiero recordar de manera especial las celebraciones del primer centenario de la coronación de la sagrada imagen de la Virgen de los Desamparados: las peregrinaciones a la catedral organizadas por las vicarías episcopales y por distintos sectores pastorales, la vigilia de oración celebrada en la plaza de toros de Valencia, los actos

conmemorativos del centenario en la catedral y en el puente del Real; y la celebración de la fiesta de la Virgen fueron momentos gozosos de encuentro del Pueblo de Dios con la Madre del Señor y auténticos acontecimientos de gracia para todos nosotros. Le pedimos a la Virgen que la semilla que se ha sembrado en el corazón de todos los que, de un modo u otro, participamos en estos actos produzca abundantes frutos de vida cristiana, y que el amor que todos los valencianos sentimos hacia Ella continúe siendo una fuente de fe viva en nuestras tierras.

Además de estos momentos, quiero recordar otros que también me han ayudado a constatar el gran esfuerzo que hacéis por seguir anunciando el Evangelio a pesar de las dificultades del tiempo presente. Pienso, en primer lugar, en los encuentros sacerdotales que hemos tenido a lo largo del año: en los retiros del tiempo de cuaresma en todas las vicarías tuvimos ocasión de escuchar juntos la Palabra de Dios, de orar, de dialogar sobre los temas que nos preocupan y de convivir; las celebraciones de la Misa Crismal, de la fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote y de las ordenaciones sacerdotales han sido una ocasión para alegrarnos juntos por el don del ministerio recibido y para sentir la llamada del Señor que nos invita a vivir con ilusión nuestro sacerdocio. Las visitas que he realizado a algunas parroquias para administrar el sacramento de la Confirmación y las celebraciones de carácter festivo me han ayudado a redescubrir la gran vitalidad que hay en nuestra diócesis, que no ha disminuido a pesar de las circunstancias excepcionales que vivimos durante la pandemia de la COVID-19, que enrareció la vida social y eclesial.

También he tenido la ocasión de encontrarme con movimientos y grupos en los que la mayoría de los participantes son laicos comprometidos en la vida de la Iglesia, como la Jornada Diocesana de Caritas, la celebración del 40 aniversario de la fundación de Juniors MD o la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, en la que participaron la gran mayoría de realidades eclesiales en las que los jóvenes están presentes. Los encuentros con los miembros de los consejos de pastoral de las parroquias, que hemos tenido en las distintas vicarías, nos han ayudado a valorar el trabajo que hacen en todas las comunidades y parroquias los numerosos cristianos que sienten como propia la misión de la Iglesia y se comprometen en ella. Todos estos momentos y realidades eclesiales nos han permitido experimentar que, gracias a Dios, tenemos motivos para la esperanza, porque la Iglesia es una realidad viva. Os invito a que no nos instalemos en el pesimismo o en la desesperanza y a que sepamos dar gracias a Dios “siempre y en todo lugar” por toda la riqueza de vida cristiana que hay entre nosotros.

02.

DIFICULTADES Y PREOCUPACIONES

Junto a esto, no podemos ignorar una sensación que a menudo aparece en nuestras conversaciones cuando comentamos la situación eclesial en la que nos encontramos actualmente: es el sentimiento de que no estamos pasando unos tiempos fáciles para la vida de la Iglesia. El contexto cultural que nos rodea, en el que los interrogantes sobre Dios no tienen relevancia social, dificulta la apertura al Evangelio. La imagen de Iglesia que muchos de nuestros contemporáneos tienen, justificada o injustificadamente, ha provocado en amplios sectores de nuestra sociedad un distanciamiento y una desconfianza frente a ella como el “lugar de la verdad” acerca de Dios y de las propias opciones de vida. El proceso de transmisión de la fe se ha roto, tan vez porque confiábamos demasiado en la fuerza de la cultura cristiana que impregnaba la vida de nuestra sociedad, que, en realidad, no era tan fuerte. La vida sacramental ha entrado en crisis, hasta el punto de que la mediación eclesial y sacramental, que es una garantía para el encuentro salvador con Cristo, se ha convertido en una dificultad para muchos. La religiosidad popular, que puede predisponer el corazón para el encuentro con Dios y, de este modo, ayudar a la evangelización¹, a menudo es valorada únicamente por su dimensión cultural, es vivida superficialmente y, en algunas ocasiones, también presenta signos de debilidad.

Si entramos a analizar las actitudes de muchos cristianos comprometidos en la vida de las parroquias e incluso de muchos sacerdotes, nos encontramos a menudo con un gran desánimo: nos pesan más los fracasos pastorales que la alegría por los frutos del

1 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 122ss.

trabajo. Las palabras del profeta Ageo se han convertido en una experiencia que a menudo tenemos en la Iglesia: “Sembrasteis mucho y recogisteis poco; coméis y no os llenáis; bebéis y seguís con sed; os vestís y no entráis en calor” (Ag 1, 6). Muchas de nuestras iniciativas pastorales no producen el resultado que desearíamos. Y esto afecta a muchos ámbitos de la vida de las comunidades cristianas: catequesis de iniciación cristiana, religiosidad popular, participación en la Eucaristía y los demás sacramentos, pastoral juvenil, la situación del matrimonio y de la familia, etc. Si quisiéramos caracterizar la vida de la Iglesia en el momento actual, podríamos decir que tal vez estamos viviendo un momento en el que a muchos les puede invadir el pesimismo y la desesperanza².

*«Estamos viviendo un momento en el que a muchos les puede invadir el **pesimismo** y la **desesperanza**»*

Algunas de las actitudes que a menudo afloran en la vida eclesial pueden ser reflejo de esta falta de esperanza: a menudo no vemos la utilidad de tanto esfuerzo y dejamos de creer en lo que hacemos, porque valoramos nuestro trabajo según la respuesta que encontramos a nuestras iniciativas pastorales y, cuando no es la que esperábamos o deseábamos, podemos caer en la tentación de pensar que lo que hacemos no sirve para nada. Ciertamente nos hemos de revisar constantemente e interrogarnos sobre el modo de hacer las cosas, el lenguaje

² PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 85.

que utilizamos, la oportunidad de nuestras iniciativas, y por los caminos más adecuados para conectar con nuestro mundo. Pero no debemos olvidar que, en las realidades de la fe, el éxito no siempre coincide con el fruto que la semilla sembrada va produciendo en el corazón de las personas “sin que el sembrador sepa cómo” (Mc 4, 27). La fecundidad es, a veces, invisible. Puede haber iniciativas que aparentemente tengan poco éxito y, en realidad, con el tiempo producen mucho fruto; del mismo modo que también puede ocurrir lo contrario³. A menudo olvidamos que nuestros ritmos no coinciden con el ritmo de Dios; y que nuestro tiempo es el tiempo de la siembra y no el de la siega. Desde estos principios todos estamos llamados a reconciliarnos con nuestra misión para poder vivirla con esperanza.

Una segunda actitud, que es reflejo de esa falta de esperanza, y que a menudo también se da actualmente, es perder la capacidad de percibir los signos y las realidades de vida cristiana que hay entre nosotros, que a menudo no se descubren a primera vista. Más allá de las distintas realidades eclesiales, que en un determinado momento pueden tener capacidad de atracción, en la Iglesia, como nos ha recordado el papa Francisco, hay mucha santidad de personas sencillas que viven la fe sin ningún tipo de protagonismo⁴. Ellas, a pesar de su anonimato, son “la sal de la tierra” y “la luz del mundo” (Mt 5, 13ss). Una fe sencilla no es, por tanto, una fe menos auténtica. Esta reflexión nos debería llevar a valorar el testimonio sencillo de tantos cristianos y cristianas

3 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 279: “nos hace falta una certeza interior y es la convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos”.

4 PAPA FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, 6-9.

**«Hay mucha santidad de
personas sencillas que viven la fe
sin ningún tipo de protagonismo»**

de nuestra diócesis que, en su vida familiar y en su trabajo, en sus enfermedades, sufrimientos y alegrías, en definitiva, en la vida de cada día, viven su fe con fidelidad. En un mundo en el que a menudo solo se valoran las apariencias, deberíamos hacer un esfuerzo por “ver” estas realidades con los ojos de la fe, por acompañar a las personas en sus situaciones vitales, y por cuidar ese tesoro de fe y de autenticidad cristiana.

Una tercera actitud que es reflejo de esa falta de esperanza y que, además, puede poner en peligro la comunión eclesial, es acusarnos mutuamente de ser los culpables de la situación que estamos viviendo, como si las propias opciones pastorales fueran las únicas válidas para afrontar los retos del momento actual. La comunión eclesial nos debe llevar a alegrarnos siempre por los frutos de vida cristiana que se manifiestan en la Iglesia vengan de donde vengan, y a no despreciar ninguna realidad de vida eclesial en la que se anuncie el evangelio como si fuera menos auténtica: la humildad, que nos lleva a estar dispuestos a aprender los unos de los otros, y la alegría por los frutos que produce la predicación del Evangelio allí donde es anunciado o testimoniado con autenticidad, son las actitudes que conducen a la verdadera comunión.

No podrá haber una auténtica conversión pastoral en la Iglesia si no vivimos una conversión personal que nos lleve a vivir en ella desde las actitudes creadoras de una verdadera comunión entre nosotros y que llevan a una reforma de la Iglesia, que no consiste fundamentalmente en un cambio de sus estructuras externas, sino a hacer que en ella se transparente cada día con más claridad el verdadero rostro de Cristo.

03.

SIN ESPERANZA NO ES POSIBLE ANUNCIAR EL EVANGELIO

El lema del próximo jubileo (*Peregrinos de la Esperanza*) es una llamada a no caer en la tentación de la desesperanza, “porque Dios sigue derramando en la humanidad semillas de bien”⁵. El papa Francisco nos ha advertido en muchas ocasiones del peligro de convertirnos en una Iglesia que solo piensa en sí misma: es la tentación de la auto-referencialidad. Cuando se vive desde esa actitud, la evangelización se convierte en proselitismo: se anuncia el Evangelio con métodos no evangélicos pensando únicamente en el progreso de la institución. El Señor no entregó su vida para salvar únicamente a la Iglesia, sino para salvar a toda la humanidad. La Iglesia es el instrumento querido por Dios para que la salvación alcance a todos. Por ello, no debemos olvidar que la Iglesia no vive para ella misma, sino para anunciar el Evangelio, ofrecer a nuestro mundo la gracia de la Salvación y testimoniar el amor de Dios a toda la humanidad siendo, de este modo, “germen y comienzo del Reino de Dios”⁶. Esta misión no se puede vivir con alegría si no se vive desde la confianza en Dios, que es quien por su Espíritu posibilita que la semilla sembrada por la Iglesia fructifique en nuestro mundo⁷.

La Esperanza es una de las tres virtudes teologales: la vive aquel que no duda de la fidelidad de Dios y de que es Él quien conduce la historia. No es, por tanto, el optimismo que nace de nosotros mismos, de nuestras fuerzas y nuestras habilidades para conseguir un determinado objetivo. Ciertamente, tanto la esperanza como

5 PAPA FRANCISCO, *Fratelli tutti*, 54.

6 CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 5.

7 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 22: “La Iglesia debe aceptar esa libertad de la Palabra, que es eficaz a su manera”.

**«La Esperanza la vive aquel
que no duda de la fidelidad
de Dios y de que *es Él* quien
conduce la historia»**

el optimismo nos orientan hacia el futuro, pero el optimismo se circunscribe a objetivos intramundanos cuya realización depende de nosotros mismos, que son constatables y evaluables y que, a menudo, no dejan espacio a la acción de Dios⁸.

La esperanza cristiana que debe animar la misión de la Iglesia nace de una mirada creyente sobre el modo de actuar de Dios en la Historia de la Salvación; se fundamenta en la certeza de que Dios, que es fiel a su palabra, cumple sus promesas de salvación; no se detiene en los resultados inmediatos de nuestras acciones y, sobre todo, parte de la primacía de la acción de Dios en la vida de la Iglesia, pues se funda en la convicción de que “la Iglesia no goza de otra vida que la vida de la gracia”⁹. Nuestra esperanza está en la acción de Dios, por lo que, aunque en algún momento parezca que no tenemos motivos para el optimismo humano, no por ello debemos dejar de confiar en Dios, que es quien traza los caminos de la historia y conduce a su Pueblo hacia la meta del Reino de Dios.

Solo una profunda espiritualidad nos puede conducir a crecer en la esperanza y a vivir el actual momento eclesial sin perder la paz que nace de la confianza en Dios. Por ello, os invito a que, durante este tiempo de cuaresma, nos dediquemos con

8 BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*.

9 SAN PABLO VI, *Credo del pueblo de Dios*, 19.

más intensidad a vivir aquellas realidades que nos pueden ayudar a crecer en esta virtud teologal: la escucha creyente de la Palabra en la que aprendemos a confiar en un Dios que no abandona a su pueblo, y a ponernos confiadamente en sus manos; la participación en la celebración litúrgica del Misterio de Cristo, que tiene su centro en la Pascua, que nos lleva a una renovación de nuestra esperanza, que no se fundamenta en el éxito de nuestros proyectos, sino en la victoria definitiva de Cristo sobre el pecado y la muerte; la vida de oración, gracias a la cual aumenta en nosotros el amor a Dios, el deseo de vivir en su amistad, la certeza de que sus designios son lo mejor para nosotros; el compromiso en favor de los más necesitados mediante el cual los cristianos hacemos visible el amor de Dios a los más pobres e indefensos, les abrimos una luz de esperanza en sus vidas, que apunta a la Esperanza definitiva del Reino de Dios, y sembramos en nuestro mundo la semilla de su Reino. Es así como los cristianos y toda la Iglesia caminaremos en medio de nuestro mundo como auténticos peregrinos de la Esperanza.

***«Los signos de una Iglesia
esperanzada son
la reconciliación
de cada uno de nosotros
con nuestra misión»***

Los signos de una Iglesia esperanzada son la reconciliación de cada uno de nosotros con nuestra misión, convencidos de que, si sembramos bien la semilla del Reino de Dios, Dios la hará fructificar; la capacidad de “ver”, entre tantas dificultades, las

«El gran signo de una Iglesia esperanzada [...] es la alegría con la que vivimos y anunciamos el Evangelio»

realidades de vida cristiana que nos acompañan en la vida de cada día y que, a menudo, somos incapaces de percibir porque estamos dominados por el pesimismo; el fortalecimiento de la comunión eclesial, que no consiste en una unidad impuesta desde fuera, sino en una auténtica comunión en la caridad.

Pero, sobre todo, el gran signo de una Iglesia esperanzada, que el papa Francisco no ha dejado de recordarnos en sus escritos desde el comienzo de su pontificado, es la alegría con la que vivimos y anunciamos el Evangelio. Quiero recordaros las palabras con las que comienza su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría”¹⁰. El anuncio del Evangelio, que es un anuncio y una invitación a sentir la alegría de la salvación y a vivir desde ella, exige evangelizadores que la vivan y la comuniquen: “ojalá el mundo actual -que busca a veces con angustia, a veces con esperanza- pueda recibir así la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en ellos mismos, la alegría de Cristo”¹¹.

¹⁰ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 1.

¹¹ SAN PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi*, 80.

04.

LA CONVERSIÓN PASTORAL

La esperanza no es espera pasiva. Nos pide orientar nuestro servicio eclesial en dirección al Reino de Dios con humildad y con la certeza de que forma parte de la humildad del Señor pedirnos que cooperemos con Él. Por ello, ante los retos que tenemos actualmente en la Iglesia en orden al anuncio del Evangelio, y que nos interpelan a todos, es necesaria una actitud de discernimiento para encontrar los caminos para que el mensaje cristiano sea significativo para nuestro mundo. En su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, el papa Francisco nos invita a vivir un proceso de “conversión pastoral y misionera”¹² para que “toda la estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual”¹³. La Iglesia, si vivimos desde esta perspectiva, no será vista en primer lugar como una estructura burocrática o como un lugar de “servicios religiosos”, sino como un espacio de vivencia ilusionada de la fe y de anuncio del Evangelio.

Hoy no podemos vivir en la Iglesia como si estuviéramos en otra época. Ni el mundo que nos rodea es como hace unas décadas, ni la relación de la Iglesia con la sociedad se vive como la hemos vivido en épocas recientes de nuestra historia; ya que no podemos partir del supuesto de que la sociedad está configurada culturalmente por el cristianismo. Tampoco podemos dar por hecho que todas las personas que se acercan a la Iglesia en algún momento de sus vidas son cristianas o lo hacen por motivaciones de fe. Algunas cosas que en otras épocas formaban parte de la formación cristiana de la mayoría de los cristianos que intentaban vivir la

12 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 25.

13 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 27.

fe, hoy no las conocen muchos creyentes. Situaciones personales que hace unos años eran vistas como casos excepcionales ahora las aceptan culturalmente amplios sectores de nuestra sociedad, y muchas personas las han integrado con toda naturalidad en sus vidas personales. La conversión pastoral nos pide vivir en la Iglesia desde una opción evangelizadora, desde la actitud de que cada persona que hoy se acerca a la Iglesia y entra en relación con ella es una oportunidad para la evangelización.

«La conversión pastoral nos pide estar atentos y abiertos a los nuevos métodos del primer anuncio»

La conversión pastoral nos pide estar atentos y abiertos a los nuevos métodos del primer anuncio. La integración constructiva de esos nuevos métodos en la vida eclesial exige algunas actitudes para que no se rompa la comunión eclesial: discernimiento para ver qué realidad es la más adecuada para cada lugar o situación; evitar la tentación de absolutizarlos que lleve a un desprecio hacia la vida eclesial anterior; no caer en actitudes rupturistas con el pasado que no responden a la verdad de la vida eclesial, porque no podemos olvidar que muchos cristianos que hoy viven la fe con autenticidad han crecido en ella y la viven con fidelidad gracias a la formación que recibieron en su momento.

En una sociedad en la que la fe ya no es algo socialmente o culturalmente compartido, incluso las realidades esenciales que habitualmente configuran la vida de las parroquias, que eran el

instrumento para el crecimiento en una fe que fundamentalmente se transmitía en el ámbito familiar, o que servían para formar cristianos más comprometidos con la Iglesia, hoy deben ser enfocadas desde una perspectiva evangelizadora: actualmente para muchos niños y jóvenes que desean recibir los sacramentos de la iniciación cristiana, e incluso para muchas de sus familias, la catequesis ya no es el lugar en el que se crece en una fe que se había recibido y se había comenzado a vivir en el seno de la familia y donde se aprendía a vivir según las exigencias del Evangelio, sino que es un lugar de primer anuncio, una ocasión para un primer encuentro con el Señor. La misma celebración de los sacramentos es, en muchos casos, una ocasión de primer anuncio del mensaje cristiano.

La conversión pastoral nos debe llevar a buscar nuevos caminos para la transmisión de la fe. Desde hace unas décadas estamos viviendo en la Iglesia una situación en la que las instituciones básicas que eran unos instrumentos eficaces para la transmisión de la fe (familia, escuela y parroquia), ya no cumplen esa función en la mayoría de los casos. La familia es una institución valorada por los jóvenes, pero más como un ámbito en el que se cubren las necesidades afectivas que como un referente para configurar los valores o las ideas desde los que orientar la vida. La escuela, en una sociedad pluralista como la nuestra, vive de una concepción de la educación como instrucción o transmisión de saberes en la que los modelos éticos o antropológicos están cada vez más ausentes. La parroquia y las otras instituciones eclesiales son víctimas de la desconfianza hacia la Iglesia que se ha instalado en grandes sectores de nuestra sociedad. De un modelo de transmisión de

la fe por herencia familiar o por el peso institucional que tenían la escuela y la parroquia, ahora hemos pasado a un modelo testimonial. El excesivo peso institucional, que en épocas pasadas era una ventaja en orden a la eficacia de la transmisión de la fe, hoy parece haberse convertido en un obstáculo.

La conversión pastoral exige que nos preguntemos por el modo de anunciar el Evangelio. Una auténtica evangelización tiene que nacer de un encuentro con el Señor, porque es algo más que una transmisión de ideas y, además, tiene que hacerse con métodos evangélicos. Los cristianos estamos llamados a dar razón de nuestra esperanza a todo el que nos la pidiere “con delicadeza y respeto” (1Pe 3, 15). En la misión de la Iglesia el contenido del Evangelio y el modo de anunciarlo son inseparables: el Evangelio solo puede anunciarse con eficacia si se hace evangélicamente. Por ello, la Iglesia deberá evitar en todo momento dos tentaciones: en primer lugar, emplear las imposiciones al servicio de la verdad, porque “la verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma, que penetra en las mentes de modo suave y a la vez con vigor»¹⁴. La segunda tentación, más sutil que la anterior, consiste en querer servirnos de recursos complejos para el anuncio del Evangelio que puedan oscurecer la verdad del mismo, o servirnos de prácticas que frecuentemente recurren a la mentira o a técnicas de manipulación. La Iglesia, en el anuncio del Evangelio, debe resplandecer por la veracidad y la transparencia. Ni las imposiciones ni la falsedad pueden ser caminos para la Iglesia. El Evangelio tiene poder para brillar por

14 SAN JUAN PABLO II, *Tertio millennio adveniente*, 35.

«La parroquia continúa siendo para la gran mayoría de los bautizados el referente fundamental para su vida de fe»

sí mismo. El empleo de métodos no evangélicos para anunciar el mensaje cristiano revelaría una falta de confianza en la fuerza irradiadora de la Buena Noticia de Jesucristo.

La conversión pastoral nos pide en el actual momento eclesial una nueva manera de vivir en la Iglesia en la que se favorezca la participación de todos en la vida y en la misión eclesial, y que crezcamos de este modo en la comunión, que es algo más que una unidad impuesta desde fuera. Esa manera de vivir en la Iglesia debería llegar a todas las realidades presentes en nuestra diócesis, especialmente a las parroquias y a las estructuras diocesanas. No podemos olvidar que, a pesar de la gran pluralidad de realidades eclesiales y de grupos que existen en la actualidad, y de la movilidad que caracteriza el estilo de vida de nuestra sociedad, la parroquia continúa siendo para la gran mayoría de los bautizados el referente fundamental para su vida de fe¹⁵. Detrás de este hecho hay un motivo teológico: aunque ningún cristiano es extraño allí donde se vive y se celebra la fe, los creyentes no podemos vivir la fe aisladamente. Necesitamos una comunidad concreta de hermanos donde celebrar habitualmente los sacramentos, escuchar la Palabra de Dios y vivir el mandato del amor. Eso enriquece mucho la vivencia de la fe. Todas las otras realidades eclesiales, métodos de evangelización, movimientos y grupos, etc. son constructores de Iglesia si sirven a la revitalización de la vida de las parroquias y comunidades cristianas. Solo así enriquecen a todos y se evita la tentación de la auto-referencialidad.

15 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 28: "La parroquia no es una estructura caduca".

05.

EL JUBILEO DE 2025, UN ACONTECIMIENTO DE GRACIA

El año 2025 viviremos en la Iglesia un acontecimiento que puede ser un momento de renovación eclesial y de conversión personal. Se trata del Jubileo ordinario que se celebra cada 25 años, en esta ocasión con el lema “Peregrinos de la Esperanza”. El pueblo fiel siempre ha vivido los años jubilaes como un momento de gracia y de renovación eclesial. El perdón de los pecados y, en particular, el don de la indulgencia plenamente ofrecida, expresión plena de la misericordia de Dios, son una llamada para que el rostro de Cristo brille más plenamente en la Iglesia por la santidad de sus miembros. La peregrinación para venerar las reliquias de los apóstoles Pedro y Pablo puede ser una ocasión para reavivar nuestra fe y nuestra comunión con el sucesor de Pedro.

***«El pueblo fiel siempre
ha vivido los años jubilaes
como un momento de gracia
y de renovación eclesial»***

El Santo Padre desea también que esta celebración sea una ocasión para superar la tentación de la desesperanza que, a menudo, se hace presente en la vida eclesial, de modo que la Iglesia llegue a ser “cada vez más claramente signo e instrumento de la unidad en la armonía de la diversidad”¹⁶. Una Iglesia que vive su misión sin esperanza no puede aportar nada valioso a nuestro mundo. Para que esto se haga realidad cada cristiano debe sentirse llamado a una participación responsable en la vida de la comunidad cristiana y todos debemos valorar los carismas

16 PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*.

y ministerios que el Espíritu Santo no cesa de conceder para la edificación de la única Iglesia.

Por ello, el Papa propone un camino concreto en este tiempo de preparación para el jubileo: recordar las enseñanzas de las cuatro constituciones del Concilio Vaticano II, que deben seguir “orientando y guiando al santo pueblo de Dios para que progrese en la misión de llevar el gozoso anuncio del Evangelio a todos”¹⁷. El Jubileo debería servir para centrar la vida de nuestra diócesis en la perspectiva del Concilio y, de este modo, crecer en la sinodalidad como rasgo que debe caracterizar la vida de la Iglesia.

La profundización en las enseñanzas de la Constitución sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*), así como la segunda asamblea sinodal que se celebrará durante el mes de octubre de este año, nos deberían llevar a vivir el auténtico espíritu eclesial que buscó el Concilio Vaticano II. En el momento eclesial en que vivimos, en el que, desde actitudes distintas y a menudo encontradas, se hacen propuestas a partir de lo que se piensa que debe ser la Iglesia, el Concilio nos indica el único camino adecuado para crecer en la comunión: no se trata de discutir sobre lo que cada uno piensa que debe ser la Iglesia, sino de preguntarnos cómo quiere el Señor que sea la Iglesia. Una aproximación al misterio de la Iglesia desde una perspectiva ideológica conduce a la división. Únicamente contemplándola a la luz de Cristo y con ojos creyentes podemos encontrar el camino para la comunión. Junto a esta reflexión, deberíamos plantearnos algunas

17 PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*.

cuestiones más concretas y que nos comprometen de un modo más directo en la vida eclesial: ¿Cómo estamos viviendo en la Iglesia? ¿Sentimos como propia la misión que el Señor ha confiado a sus discípulos o nos desentendemos de ella? ¿Vivimos en un espíritu de auténtica comunión y diálogo o nos acusamos unos a otros de ser los culpables de las dificultades para la evangelización? ¿Hay un espíritu de escucha y participación en la vida de nuestras comunidades?

Las constituciones sobre la Liturgia (*Sacrosanctum concilium*) y la Palabra de Dios (*Dei Verbum*) nos pueden ayudar a reflexionar sobre nuestra vivencia de los sacramentos y sobre el lugar que la Palabra ocupa en la vida de nuestras parroquias y comunidades: ¿Es la celebración de la Eucaristía el centro y el culmen de toda nuestra acción evangelizadora? ¿Cuidamos la celebración y la preparamos para que se visibilice su centralidad en la vida eclesial? ¿La Palabra de Dios es el alma de la catequesis y de todas las otras acciones evangelizadoras y formativas que programamos? ¿Ayudamos a que los fieles celebren los otros sacramentos de la manera más digna posible? ¿Fomentamos el espíritu de oración personal y comunitaria?

**«¿Es la celebración de la Eucaristía
el *centro* y el *culmen* de toda
nuestra *acción evangelizadora*?»**

El Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia en el mundo actual (*Gaudium et Spes*), nos invitó a situarnos en la sociedad

haciendo nuestros los sufrimientos y las esperanzas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; a buscar caminos para un diálogo sincero, y al mismo tiempo crítico en algunas ocasiones, con la cultura y los valores predominantes en nuestro mundo; a dar razón de nuestra esperanza con delicadeza y respeto; y a comprometernos, cada cual desde su vocación, en la tarea de construir un mundo que sea sacramento del Reino de Dios: ¿Cómo vivimos como Iglesia nuestra relación con la sociedad? ¿Estamos en permanente actitud de condena y rechazo del mundo en el que nos ha correspondido vivir o, por el contrario, nos acercamos a él con amor?

Además de proponernos el estudio de las cuatro grandes constituciones conciliares para que continúen siendo la inspiración fundamental de la vida y de la misión de la Iglesia, el Papa nos ha sugerido que el año 2024 sea un tiempo dedicado a la oración. Una vida eclesial sin la profundidad que dan la oración y el encuentro con Dios deriva hacia un mero activismo y hacia la superficialidad. El Papa, en su carta sobre el próximo jubileo, nos recuerda que necesitamos orar “para recuperar el deseo de estar en la presencia del Señor, de escucharlo y de adorarlo”¹⁸. Si los cristianos abandonamos la plegaria, perdemos el sentido de Dios y, con ello, el elemento fundamental en la vivencia de nuestra fe.

Este centrarnos en la oración debería incluir, en primer lugar, una formación para la auténtica plegaria cristiana, que lleva

18 PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*.

al encuentro con Dios y a crecer en la amistad con Él. En estos momentos vivimos una situación paradójica: por una parte, estamos inmersos en una cultura que nos impone un ritmo de vida que lleva al estrés, que dificulta la interioridad y que, al mismo tiempo, genera insatisfacción y deseos de encontrar una paz interior que, a menudo, no se tiene. Por ello, muchos creyentes buscan llenar esos vacíos recurriendo a métodos que les ayuden a profundizar en sí mismos y a crecer en la interioridad. Los cristianos no podemos olvidar que Dios nos ha creado para Él y que nuestro corazón únicamente encontrará en Él el descanso que necesita. La interioridad, si encierra a la persona en sí misma, no es oración. La plegaria cristiana debe llevar el encuentro con Dios, que es quien puede apagar la sed de absoluto que hay en el corazón del hombre, y con el hermano, en quien contemplamos el rostro del mismo Cristo.

***«La plegaria cristiana debe llevar
el encuentro con Dios»***

Una auténtica iniciación a la oración cristiana puede servirse de los métodos que apaciguan el espíritu humano, pero no puede quedarse en ellos. No puede dejar de lado la oración de Jesús (su práctica y sus enseñanzas, especialmente el Padrenuestro); tampoco puede olvidar la Sagrada Escritura en la que Dios nos enseña a orar con su misma Palabra revelada; no debería prescindir de la enseñanza de la Iglesia, que, como una madre cuando enseña a hablar a sus hijos, nos enseña el lenguaje de la fe y de la oración; y, finalmente, no debemos ignorar la larga

tradición de orantes y místicos que, con su vida y sus obras, han guiado a muchos creyentes hasta las cimas más altas de santidad. Si prescindimos de todo esto, nuestra oración difícilmente nos llevará a Dios¹⁹.

Además de esta formación sería conveniente una intensificación de la vida de oración en las parroquias, grupos y comunidades para, como afirma el Papa, “agradecer a Dios los múltiples dones de su amor por nosotros y alabar su obra en la creación que nos compromete a respetarla y a actuar de forma concreta y responsable para salvaguardarla (...), oración que se traduce en ser solidarios y en compartir el pan de cada día, oración que permite dirigirse al único Dios, para expresarle lo que cada uno tiene en el secreto del corazón, oración como vía hacia la santidad que nos lleva a vivir la contemplación en la acción”²⁰. Si nos preparamos así para el jubileo, nuestros corazones recibirán la abundancia de la gracia.

Si como cristianos estamos llamados a alentar la esperanza de nuestro mundo, no podemos olvidar la dimensión social del jubileo: debemos recuperar el sentido de la fraternidad universal; no podemos cerrar los ojos ante la pobreza que impide a tantos hermanos nuestros vivir de manera humanamente digna; estamos llamados a ayudar a los numerosos refugiados que se ven obligados a abandonar sus países y a luchar, de este modo, por un mundo más justo. Desde sus orígenes bíblicos,

19 Puede ser útil: COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, “*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*” (Sal 42, 3). Orientaciones doctrinales sobre la oración cristiana.

20 PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*.

el año jubilar ha sido siempre una llamada a restablecer en nuestro mundo la justicia querida por Dios. En este momento histórico, el Papa no quiere que nos olvidemos de una de las preocupaciones que los cristianos compartimos con toda la humanidad, que es la necesidad de cuidar de la casa común: “De hecho, un número cada vez mayor de personas, incluidos muchos jóvenes y adolescentes, reconocen que el cuidado de la creación es expresión esencial de la fe en Dios y de la obediencia a su voluntad”²¹. La dimensión espiritual del jubileo no debería separarse de estos aspectos fundamentales de la vida social porque, en caso contrario, la celebración sería incompleta.

21 PAPA FRANCISCO, *Carta al presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización*.

06.

MARÍA, MIEMBRO, MODELO
Y MADRE DE LA IGLESIA

En todos los momentos de la historia de la Iglesia, los cristianos somos conscientes de que hemos sido precedidos por una gran cantidad de testigos de la fe que se han mantenido fieles a la llamada del Señor y se han dejado guiar por el Espíritu Santo, incluso en momentos y situaciones más difíciles que la nuestra. A ellos debemos dirigir nuestra mirada, pues el testimonio de los santos que nos han precedido en el camino de la fe es fuente de vida cristiana para quienes hoy queremos ser discípulos y amigos del Señor. Nuestra diócesis ha sido enriquecida, por gracia de Dios, con abundantes frutos de santidad.

***«María [...] acompaña a la Iglesia
con su presencia silenciosa, y al mismo
tiempo, evangelizadora, y con su oración»***

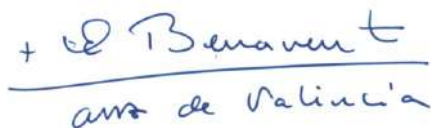
Nuestra mirada creyente se dirige especialmente a María, la Madre del Señor. Desde el primer momento Ella acompaña a la Iglesia con su presencia silenciosa, y al mismo tiempo, evangelizadora, y con su oración, en la que hace suyas y presenta a Dios las necesidades de todos sus hijos. Al contemplarla con ojos de fe y amor, los creyentes vemos en ella a alguien que, como nos ha enseñado el Concilio Vaticano II, es, al mismo tiempo, “miembro eminente”, “modelo” y “Madre” de la Iglesia²². Como miembro de la Iglesia, Ella vivió, como todos nosotros, un auténtico camino de fe en el que no faltaron momentos de oscuridad y de prueba. Al contemplarla como modelo, descubrimos que afrontó

22 CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 63.

todas las situaciones sin perder la confianza en Dios, con una fe esperanzada. Cuando desde la cruz Jesús le confió la nueva misión de ser Madre de todos sus discípulos, inmediatamente Ella nos incluyó en su corazón maternal.

Que nosotros, al igual que el Discípulo Amado, la acojamos también como algo propio y no dejemos de ponernos en sus manos: siguiéndola, no nos extraviaremos; dirigiendo a Ella nuestras plegarias, no desesperaremos; pensando en Ella, evitaremos los errores. Si Ella nos sostiene, no caeremos; si Ella nos protege, nada tendremos que temer; si Ella nos conduce, no nos cansaremos; con su favor, llegaremos a la meta. ¡Que Ella guíe el caminar de nuestra diócesis y sostenga nuestra esperanza!

† Enrique Benavent Vidal
Arzobispo de Valencia



† Enrique Benavent
Arzobispo de Valencia

Valencia, 25 de enero de 2024
Fiesta de la Conversión del Apóstol San Pablo